

Inventario

José Emilio Pacheco

Durante poco más de cuatro décadas, de 1973 a 2014, José Emilio Pacheco mantuvo viva la columna "Inventario", a la que convirtió en un privilegiado espacio de reflexión y divulgación de la literatura y en una cita imprescindible con sus lectores. El poeta de No me preguntes cómo pasa el tiempo falleció hace tres años, pero su legado sigue vigente, pues Ediciones Era está por lanzar una recopilación antológica de sus artículos, Inventario. Antología 1973-2014, en tres tomos, de la cual proceden los textos que aquí ofrecemos a nuestros lectores. En el primero, del 15 de septiembre de 1973, publicado en el suplemento "Diorama de la Cultura" del periódico Excélsior, Pacheco hace una veloz revisión de la historia chilena a la luz del reciente golpe de Estado contra Salvador Allende. En el segundo, de 1986, el autor diserta en torno a la insólita premonición que un poeta del grupo Contemporáneos tuvo de la muerte trágica de Federico García Lorca y sobre los perfiles de la obra lírica de Renato Leduc.

DE LAUTARO A SALVADOR ALLENDE: UN MÍNIMO REPASO

Los invencibles mapuches o araucanos frenaron la expansión del imperio incaico y mantuvieron su independencia. En 1520 Magallanes descubrió para Europa el actual territorio chileno. Los araucanos derrotaron a Diego de Almagro, adelantado de la Nueva Toledo. La heroica resistencia dirigida por Lautaro logró la muerte del gobernador Pedro de Valdivia. García Hurtado de Mendoza diezmó a los araucanos y empaló a su nuevo jefe, Caupolicán. Pero los mapuches no se sometieron

al dominio español y libraron una guerra de guerrillas hasta fines del siglo XIX.

Parte del Virreinato del Perú, el reino de Chile fue el sector más aislado y distante del Imperio español. Su relativa pobreza en metales preciosos llevó a los colonizadores a establecer latifundios con peonaje indio prácticamente esclavo. En 1810 la naciente oligarquía criolla instauró una junta gubernativa en Santiago, pronto polarizada entre las aspiraciones radicales de los hermanos Carrera y la moderación de Bernardo O'Higgins, hijo natural de un virrey de Lima. Los españoles lograron

una efímera reconquista venciendo a José Miguel Carrera en Chillán y Talca, y a O'Higgins en Rancagua. Unido a José de San Martín, O'Higgins cruzó los Andes. El ejército insurgente venció a los realistas en Chacabuco y Maipú. Gracias a la flota organizada por un enviado inglés, Thomas Dundonald, Lord Cochrane, los españoles perdieron su último baluarte en la isla de Chiloé.

Los hombres de la Independencia pensaban en una sola lucha continental, en un inmenso país llamado América al que luego saquearía hasta de su nombre la gran potencia imperialista del norte. Pero nuestras naciones surgieron deshechas por las deformaciones estructurales del sistema colonial, y el imperio británico se aprestó a llenar el vacío de poder dejado por España. O'Higgins, "director supremo", fue depuesto en 1825. Ramón Freire limitó los privilegios de la Iglesia y abolió la esclavitud. La Constitución de 1828 dividió a la élite criolla en "pelucones" (conservadores) y "pipiolos" (liberales). Chile estaba en la miseria, la situación de las masas no había cambiado.

Diego Portales venció a los "pipiolos" en Lircay (1830). Los "pelucones" se aseguraron treinta años de dominio autocrático. Los capitales ingleses comenzaron a entrar en el país, ascendió la producción minera, Valparaíso se volvió el gran centro comercial del Pacífico y hubo un incomparable florecimiento intelectual animado por el venezolano Andrés Bello.

Dentro del proceso centrífugo que arruinó el gran sueño de una sola América indoespañola, Chile deshizo la confederación peruano-boliviana del mariscal Santa Cruz en la batalla de Yungay (1839). El vencedor Manuel Bulnes gobernó hasta 1851. El salitre se tornó indispensable para abonar los trigales y salvar a Europa del hambre y sus consecuencias. Manuel Montt dio a Chile los primeros ferrocarriles y telégrafos de Hispanoamérica y opuso al feudalismo rural las inversiones extranjeras. El país se volvió el gran proveedor de salitre y guano, materias capaces de engendrar prosperidades efímeras y catástrofes perdurables.

Con José Joaquín Pérez (1861) se afianzó la república liberal basada en la precaria alianza de las fuerzas del progreso y los detentadores del *statu quo*. Chile pareció libre de la pesadilla militar que asolaba a casi todo el continente. Se fomentó la instrucción, se expandió la economía, se profesionalizó al ejército y se le dio un (falso) prestigio civilista. Asimismo, se fundó (1863) el Partido Radical, expresión de las clases medias urbanas, que hasta mediados de nuestro siglo sería la fuerza política mayoritaria.

Chile apoyó a Perú en su guerra con España. La escuadra peninsular bombardeó Valparaíso. Era presidente Aníbal Pinto cuando, en 1879, Bolivia intentó aplicar un legítimo impuesto a las salitreras operantes en

Antofagasta. Sobrevino la Guerra del Pacífico. Gracias en parte a la supremacía que le daba su flota, Chile venció a la denodada resistencia peruana, ocupó Lima y convirtió a Bolivia en *Hinterland* privándola del territorio que va de los Andes a las costas. Colonizó las regiones de Tacna (que volvió a depender de Lima en 1929) y Arica, y adquirió los yacimientos de cobre bolivianos.

Como resultado de la guerra, estos enormes recursos no renovables pasaron a manos de las compañías británicas. En el nuevo norte chileno los ingleses y sus cipayos australes concentraron una creciente masa proletaria, sobreexplotada y obligada a trabajar hasta dieciséis horas diarias. Estas condiciones provocaron frecuentes motines reprimidos sin compasión, pero también el surgimiento de sindicatos obreros y de una aguda conciencia de clase.

Para dar la explotación agrícola y maderera del sur a inmigrantes alemanes se puso en práctica el modelo estadounidense preconizado por Domingo Faustino Sarmiento, el segundo huésped ilustre de Chile (el primero: Andrés Bello; Rubén Darío el tercero): la "civilización" europea triunfó sobre la "barbarie" aborigen y los araucanos fueron víctimas de una guerra de exterminio.

José Manuel Balmaceda, presidente en 1886, trató de romper la dependencia nacionalizando los distritos salitreros. La triple alianza de empresarios ingleses, terratenientes y grandes comerciantes chilenos corrompió al Congreso para que hostilizara a Balmaceda y luego financió una rebelión iniciada (como en 1973) por la Marina. Las naves de la reina Victoria bloquearon los puertos (hoy barcos estadounidenses están "de maniobras" cerca de sus costas). Derrocado por la junta que presidía Manuel Montt, Balmaceda se suicidó en la embajada argentina. Chile quedó como criptocolonia del imperio británico, que obtenía tanto provecho de la nación austral como de sus dominios africanos y asiáticos. Tres cuartas partes de sus exportaciones eran para Inglaterra y de allí recibía Chile la mitad de sus importaciones.

Bajo un sistema parlamentarista que abolía la omnipotencia del Ejecutivo, el país tuvo una vida formalmente democrática y disfrutó su tajadita de la *Belle Époque*. Naturalmente, la prosperidad benefició a una minoría y no hizo desarrollarse a Chile —que se caracteriza por exportar minerales e importar alimentos— sino como principal proveedor de abonos minerales y fisiológicos para el campo europeo y teatro de una batalla silenciosa entre Londres, Washington y Berlín.

Precisamente un químico alemán logró producir nitratos en su laboratorio: la economía chilena se derrumbó, el desierto salitrero se convirtió en una sucesión de pueblos fantasmas. Chile tuvo que aferrarse a un clavo ardiente: el cobre. Tras la victoria de 1918, Estados Unidos reemplazó a la Gran Bretaña. Para 1929 sus inver-



Salvador Allende

siones en Chile superaban los cuatrocientos millones de dólares. Los yacimientos cupríferos chilenos, los más ricos del mundo, son absolutamente vitales e indispensables para la industria estadounidense. Sin ellos se vendría abajo la producción militar (balas, pólvora) y civil (aluminio, latón, alambre, etcétera). Las reservas quedaron en posesión de la Anaconda y de la Kennecott hasta que las expropió Salvador Allende. Dueños del cobre: amos de Chile. La Anaconda obtuvo allí el ochenta por ciento de sus ganancias mundiales.

Con todo, Chile se volvió la tercera potencia industrial de Sudamérica y su política se significó por la lucha de partidos y no de caudillos. Al reducirse sus exportaciones a la mitad de su volumen y a la cuarta parte de su valor, para sustituirlas se inició una fase de desarrollo industrial dependiente del capital monopolístico con el Estado como socio minoritario. La industrialización propició el ascenso de la clase media y llevó a los desposeídos al éxodo hacia las concentraciones urbanas y sus invariantes: chozas infrahumanas, alcoholismo, delincuencia, mortalidad infantil...

El ejército “profesional y civilista” destruyó la democracia parlamentaria en 1924 y en el 27 entronizó al general Ibáñez. Este fue vencido en el 31 por una revuelta universitaria que tuvo entre sus dirigentes al joven Salvador Allende. En 1932 una junta integrada por el comodoro de la fuerza aérea Marmaduke Grove —hermano del cuñado de Allende—, Arturo Puga y Carlos Dávila proclamó la primera república socialista de Amé-

rica. Duró doce días: un golpe militar con la complicidad de Dávila dio el poder a los generales. Pero Grove no aró en el mar: en 1938 una coalición de fuerzas obreras y democrático-burguesas, el Frente Popular, aseguró el triunfo electoral a Pedro Aguirre Cerda, que pugñó por el bienestar y la concientización de las mayorías. Cuando el pacto Hitler-Stalin ya había disuelto en un mar de querellas al FP, llegó al Palacio de la Moneda Gabriel González Videla. Traicionó al movimiento obrero, persiguió al PC y fomentó la industrialización dependiente de Estados Unidos. En la clandestinidad surgió el *Canto general*, publicado en México, del gran poeta de Chile y de la lengua española: Pablo Neruda. Ni el resucitado Ibáñez ni Jorge Alessandri pudieron acelerar el desarrollo, redistribuir la riqueza, detener la inflación que golpea a Chile desde hace medio siglo. Eduardo Frei —líder de la Democracia Cristiana y teórico del cuartelazo actual— no cumplió con los postulados de su programa reformista, reprimió a los obreros, cedió ante los *trusts* y ahondó en fin la crisis chilena.

En 1970 Salvador Allende triunfó en las elecciones y quiso liberar a Chile de su dependencia del imperalismo y de su atraso socioeconómico mediante la construcción de una sociedad socialista, implantada gradualmente por la vía de la legalidad constitucional y sin derramamiento de sangre. Cercado y boicoteado, tuvo el apoyo de las masas obreras y campesinas y de grandes sectores de las clases medias. No armó a sus partidarios en milicias defensivas para evitar enfrenta-

mientos que pudieran desatar la guerra civil, y porque confiaba en la lealtad incesantemente proclamada del ejército. Dentro y fuera de Chile se tramó sin descanso su destrucción. Se le imputaron todos los problemas causados por sus antecesores y sus enemigos: inflación enloquecedora, agitación, descenso de la producción industrial. La ITT y la CIA, como los inversionistas ingleses en tiempos de Balmaceda, se unieron a sus aliados naturales chilenos y lograron al fin que —en un acto de ignominia que supera la traición huertista de 1913— una fracción mayoritaria de las fuerzas armadas derrocará y asesinará a Allende el trágico martes 11 de septiembre. Al enviar estas líneas a la imprenta, todo indica que lo único logrado por el vil asesino Pinocho Pinochet fue desatar la guerra civil que Allende dio su vida por impedir. El pueblo chileno se levanta en armas contra los traidores. No se establecerá el eje Washington-Brasilia-Santiago. Los fascistas no pasarán.

Publicado originalmente en “Diorama de la Cultura”, de *Excelsior*, el 15 de septiembre de 1973.



Pablo Neruda

DOS POETAS: LORCA Y LEDUC

EL SUEÑO DEL CONSULADO

1

Seis años antes Bernardo Ortiz de Montellano soñó el asesinato de Federico García Lorca. Animado quizá por la traducción de Freud que publicó la *Revista de Occidente*, Montellano empezó a anotar sus sueños con fines poéticos y no psicoanalíticos ni proféticos.

En 1930 escribió un poema al que tituló “Primero sueño” en homenaje a Sor Juana. Fue incluido en el número 35 de *Contemporáneos* (abril-junio de 1931). Se puede leer en la edición facsimilar del Fondo de Cultura Económica (tomos X-XI, pp. 1-2), como prueba infalsificable, y también en *Sueño y poesía*, la obra poética de Montellano, recogida por su discípulo Wilberto Cantón (UNAM, 1952 y 1971).

Habían nacido con pocos meses de diferencia. Lorca en Granada, el 5 de junio de 1898; Montellano en México, el 3 de enero de 1899. Ambos forman parte de la gran generación poética del idioma que en España es el “grupo del 27” y entre nosotros llamamos los Contemporáneos. Lorca murió asesinado por los fascistas el 18 de agosto de 1936. Montellano dejó de existir el 13 de abril de 1949. Hoy el primero es un poeta universal; el segundo ha tenido la desgracia de no gustar a las personas que han hecho la opinión poética en México. El último golpe acaba de asestárselo Guillermo Sheridan en su excelente libro *Los Contemporáneos ayer*.

Aunque tuvieron dos amigos en común, Salvador Novo y Jaime Torres Bodet, no se encontraron jamás: Lorca estaba invitado a México en el verano de 1936. A última hora decidió permanecer en su ciudad natal y allí fue a encontrarlo la muerte. Es probable que haya leído el poema en 1931. Lorca era muy supersticioso y nunca se refirió al “Primero sueño” en que, por lo demás, no aparece su nombre. No puede haber sido indiferente a su autor pues en el número 4 de *Contemporáneos* (septiembre-diciembre de 1928), reseñó el *Romancero gitano* que acababa de aparecer en Madrid.

2

El río del Consulado se llamó así porque lo abrieron con trabajo esclavo los miembros del Consulado, la agrupación española que antes de las reformas borbónicas monopolizaba el comercio novohispano. Igual que el río de La Piedad, su objeto fue llevar al lago de Texcoco las aguas que bajan de las serranías del poniente. A su orilla se tendió la calzada de la Verónica, uno de los dos acce-

sos a Chapultepec antes de que Maximiliano abriera lo que hoy es la Reforma.

Al introducirse el alcantarillado los ríos de la ciudad se convirtieron en desagües, asesinaron el lago de Texcoco y transformaron para siempre la ecología de la cuenca. Poco a poco se fue preparando el gran desastre de 1985 y no deja de ser significativo que los mayores estragos del terremoto aparezcan precisamente en el triángulo que forman los ríos del Consulado y La Piedad. Ahora fluyen invisibles pero, como tantas otras cosas en este país, siguen allí bajo la tierra.

Antes de ser entubado para hacer la calzada de Melchor Ocampo y después sumergido para construir el Circuito Interior, el río fecal marcaba el límite de la ciudad por el poniente y la línea divisoria entre la “decencia” de San Rafael y la miseria de Santa Julia. Montellano sueña y escribe que van con “el poeta andaluz”, entre nubes de polvo, por la orilla del

Canal de aguas obscenas, desconsolado río,
lava sucia que rinde la jornada,
agua amarilla, verde lavadero,
lodazal de niños, gritos y pedradas.

Se detienen al descubrir en un jacal un velorio indígena. Tres niñas giran en derredor de otra niña muerta y cantan coplas alusivas a la flor de romero. Suena en la canción el nombre de López Velarde, desaparecido nueve años atrás. Al tocarla Montellano la niña revive y crece como una flor o una ciudad. Después vuelve a quedar dormida.

Siguen caminando. “El poeta andaluz” repite entre malas palabras un estribillo musical que sirve para encargar la fabricación de una guitarra. Aparece un grupo de indios. De tres en tres cargan guitarras largas como remos. Cada una está compuesta de tres guitarras más pequeñas en forma de ataúd:

Remos altos,
monótonos laúdes:
tres guitarras unidas
como tres ataúdes.

Llega otro grupo de indios congregantes, surianos por el traje y armados con fusiles. Van con ellos tres o cuatro generales montados en enormes caballos de madera. El río parece convertirse súbitamente en estos personajes:

Canal de aguas obscenas,
ojos de la carabina,
amarillas cananas entre dientes
—lava sucia que rinde la jornada—
en caballos de Troya, relucientes,
máscaras serpentinadas,

las estatuas ecuestres.

Polvo de los bolsillos de la tierra,
polvo de siglos descalzos
por escalar pirámides
y abrir el corazón a los magueyes.
Acompañan la voz de los jinetes
oraciones con letras de retablo,
densas nubes de polvo, que los siguen
como la sombra de los fusilados.

Con gesto duro de máscara uno de los generales da la orden de fuego a los soldados. En ese instante Bernardo Ortiz de Montellano despierta.

3

Cuando se publicó en *Contemporáneos* era un poema onírico en que nadie podía ver anticipación alguna. Los “cuatro generales” del sueño no eran aún los “cuatro generales” que en 1936 se levantaron contra la República española. La única relación militar con el río del Consulado era que en su orilla estableció Porfirio Díaz su línea de asedio a la capital en 1867 (y libró su última batalla contra Leonardo Márquez en el puente de Insurgentes sobre el río de La Piedad). En el recuerdo infantil de Montellano pudo haber quedado la costumbre de Díaz de pasar revista a su ejército en los llanos de la Verónica.

Diecisiete años más tarde Montellano se entera, al leer a Pío Baroja en *La feria de los discretos*, de que es costumbre andaluza el que los hacedores de ataúdes saquen un trozo para una guitarra de la misma madera en que elaboran una caja de muerto. Y recuerda que su abuelo era andaluz del Puerto de Santa María y cerca de Sevilla hay un pueblo llamado Montellano.

Pero mucho antes, el 27 de septiembre de 1936, anota: “En estos días apareció en los diarios la noticia de la muerte del poeta andaluz Federico García Lorca, fusilado en Granada. No se conocen otros datos, pero nadie puede explicarse el destino final del poeta, alejado de la política y ajeno a la milicia en el conflicto español”.

Al releer “Primero sueño” dice:

Siempre pensé que el poeta andaluz que me acompañaba en la jornada era García Lorca... La angustia del sueño —lo recuerdo— era la del fusilamiento ordenado con la voz ¡fuego! contra el grupo donde nos encontrábamos el poeta andaluz y yo [...].

Cinco años después de escribir el “Sueño” ha muerto, fusilado por la inconciencia y la maldad, el poeta García Lorca, y una vez más confirmo que en los sueños como en la poesía —estados psíquicos afines, imágenes de una realidad esencial— pueden anticiparse sucesos por venir.



Fernando Leal, *Retrato de Renato Leduc*, 1930

NOSTALGIA DE LEDUC

1

*... They were men who,
I thought, lived only to renew
the wasteful force they spent
with each hot convulsion.*

THOM GUNN, "My Sad Captains"

Con breves días de diferencia se acabaron los tristes capitanes, los tiernos energúmenos que eran nuestro último lazo con un pasado épico. Muertos Renato Leduc y Emilio Fernández, en el horizonte del paleolítico mexicano la bestia triunfante bajo el látigo del encomendero monetario es la que responde al nombre científico de *PR Irruris ineptissimus*. Ante su colectiva grisura funeral, que anuncia ya la muerte por suicidio del México que conocimos, es imposible no añorar el colorido del sarape y pulquería que representaron Leduc y Fernández. Del mismo modo otro de nuestros tristes capitanes, amigo de Renato, decía poco antes de morir en los setenta que al entrar en una *sexshop* de Times Square uno anhelaba encontrarse en cualquier comuna de rehabilitación de Yenán estudiando el *Libro rojo* de Mao; pero al conocer la granja para los enemigos del pueblo uno deseaba ardientemente hallarse en la *sexshop* de Times Square.

"Poeta involuntario" llamó Arturo Sotomayor a quien, antes de la merecidísima apoteosis de Jaime Sabines, fue el único poeta mexicano que alcanzó la unanimidad. Lo elogiaron Salvador Novo y Carlos Pellicer, Octavio Paz y Rafael Solana, Carlos Monsiváis y Gabriel Zaid, Ángeles Mastretta y Cristina Pacheco, sí, pero también y sobre todo King Kong, que lleva treinta años vendiendo jugos y derramando sabiduría en la colonia Roma, Polo en su taller mecánico de la Guerrero, don Lencho que comandó un batallón yaqui en 1915 en Celaya y hoy, ciego, pide caridad en Insurgentes, mientras la "revolución" hace justicia a los saqueadólares y exenta de impuestos a los pagafés, subsidiados con el "ajuste" a los alimentos y a los transportes populares. Tiempos en que era Reagan presidente y el Fondo Monetario omnipotente.

2

El siglo XVIII, el Siglo de la Razón, descubrió también los sentimientos, la sensibilidad, las lágrimas. El "hombre nuevo" (el término de San Pablo) que aspiraba a forjar la Ilustración iba a ser sentimental, es decir se conmovía ante el sufrimiento ajeno. El XIX degradó el sentimentalismo como una debilidad nociva para el proyecto de dominación. La poesía quedó dentro de la zona prohibida y halló su último refugio en las cantinas, allí donde el alcohol ("Alcohol: ancla segura / y abolición de la aventura", Gilberto Owen) libera de las inhibiciones y los hombres pueden escapar por unas horas de su terrible miedo a las mujeres.

Nada más natural que la poesía de cordel —la que literalmente se mostraba colgando de unos alambres— se vendiera a las puertas de las cantinas. Cuando aun esta trinchera de papel fue demolida la poesía se defendió como letra de bolero y de canción de José Alfredo Jiménez, supremo "ingenio lego" después de la admirable sociedad anónima que trabajó con el nombre de fábrica de "Agustín Lara" y de los extraordinarios hermanos Domínguez.

Al volver de la Revolución (sin comillas y con mayúscula) Leduc descubrió, naturalmente en una cantina, el *Joyelero* de Efrén Rebolledo —que había colaborado con su padre, Alberto Leduc, en la *Revista Moderna*—, los poemas de López Velarde y los antipoemas del colombiano Luis Carlos López. Caso extremo, pero típicamente mexicano, de inmenso talento sin ninguna disciplina ni vocación, Leduc empezó a escribir en contra de su voluntad, pero siempre convencido de que ser poeta es una actividad vergonzosa que debería ocultarse como una enfermedad venérea y, al mismo tiempo, fascinado porque las simples palabras sean capaces de retener lo que se va, de cantar, pintar, herir y provocar la risa o el llanto.

Leduc nos permitió el acceso a una sensibilidad tabernaria que suele ser consumidora más que productora de poesía. La actitud en su interior también es de amor/odio a la figura del poeta y encarna en la inscripción emblemática de las letrinas. El mismo que lloraba al recitar o escuchar “El brindis del bohemio” o “Vieja llave”, un minuto después se levanta e inscribe en las paredes urinarias:

Tú, que eres poeta
y en el aire las compones...

3

El moralismo de los usureros exige que toda la energía se dedique a la producción. Los esclavos del tercer mundo no deben gastar su fuerza de trabajo en ningún tipo de placeres. La palabra misma *placer* no debe existir para las mulas ciegas de la noria. No en vano la Universidad de Georgetown preparó para la Agencia Internacional del Desarrollo la canción computarizada en que Tatiana y Johnny exhortan a los esclavos de la noria a convenirse de que la cópula es abominable como los espejos. 1984 no ha quedado atrás: Big Brother vigila y está incluso debajo de las sábanas.

Si la poesía de Renato Leduc pudo en otro momento parecernos machista, sexista, ramplona o pobretona, es una explosión vivificante y más rescatable que nunca en la era que se cierne sobre nosotros. De sordidez a sordidez, la cantina es preferible al Banco de México y el bur-

del a las antecámaras del PRI y de Televisa. Imaginemos al senador Helms o cualquier fúnebre *PRIrurris ineptissimus* recitando con un caballito de tequila en la mano:

Pequeña coribante de núbiles caderas,
maravillosamente capciosas como el jazz,
tú enseñas a los hombres las Fórmulas Primeras
con tus piernas exactas y finas, de compás.

O bien:

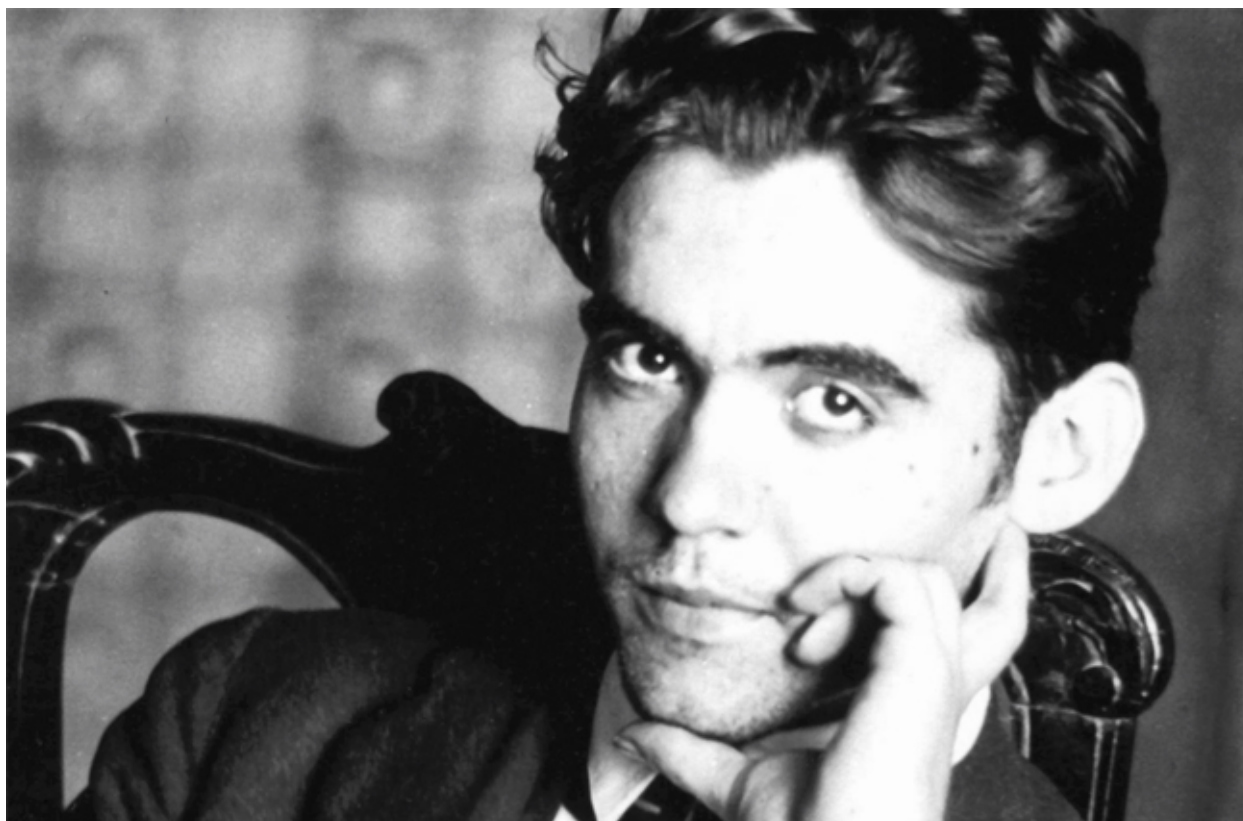
Mientras haya vigor
pasaremos revista
a cuanta niña vista
y calce regular...

O su carnavalesca “Breve glosa al *Libro del Buen Amor*”:

Mas por mujer padecen los jóvenes, los viejos,
los sabios, los mediocres, los listos, los pendejos;
yo, que la sufro cerca; tú, que la lloras lejos.

En el siniestro 1986 han muerto de asco y de vejez nuestros tristes capitanes. Con ellos, se diría, queda apagado el último rumor de la batalla de Zacatecas. Pero, escribió Borges, “nuestra historia fue épica. Puede muy bien volver a serlo”. **U**

Publicado originalmente en *Proceso*, número 510, el 11 de agosto de 1986. Los derechos de ambos textos pertenecen a Ediciones Era.



Federico García Lorca